

UMBRAL DE LAS TINIEBLAS

de Carlos M. Federici

29. ATAQUE FRONTAL



DURANTE el almuerzo, servido a la una de la tarde en el comedor principal, reinó un clima que sólo puedo calificar de evasivamente normal. Es decir: todos sabíamos que cada uno de los otros sabía que existían ciertos elementos anormales en el ambiente, pero al mismo tiempo nos mancomunábamos en un esfuerzo supremo por ocultarnos mutuamente el hecho.

El barón ignoró por completo su trastorno de la noche anterior, y no hizo la más ligera referencia a ningún tema extraño o inquietante, limitándose a su educado papel de anfitrión.

Fue tan sólo al mediar la tarde —aquella brevísima tarde de los Cárpatos en época otoñal— que pude volver a tocar el asunto, a solas con Sandor Bathory.

—No observé nada raro en el comportamiento de mi primo... —me comentó.

—Efectivamente —convine—. ¡Disimula a la perfección!

—Sí, con seguridad... —repuso Sandor, aunque advertí que buscaba ser cortés, más que otra cosa—. Teniendo en cuenta a lo que usted me contó de él, no puede sino estar fingiendo esa calma que demuestra...

—¡Vamos, Sandor!... ¿No me dijo usted mismo que ya otras veces...?

Asintió. Dio un corto paseo circular en torno a mí y me contestó:

—Sí, sí..., claro. Es cierto; sufre una especie de obsesión centrada en esas figuritas. No se lo voy a negar, no. Inclusive insistió un par de veces en lo de la “geometría errónea” de ese tablero, y procuró hacérmela notar, pero...

—¡Ah, ya veo! —exclamé—. Usted pone en duda lo del vino drogado. ¡Pero le aseguro que así fue! Es un licor verde, de aspecto verdaderamente tentador. Y tiene un sabor...

difícil de describir. Como fuego y seda a la vez. No sé. ¡Pero causa alucinaciones! ¡A mí me las causó!...

Hablábamos en voz baja, a pesar de encontramos solos en el pequeño saloncito tapizado de verde. Sandor Bathory sacudió ambas manos, no sin cierta impaciencia.

—No es que lo trate de fantasioso, compréndame. Pero..., eso de que mi primo, siempre tan correcto, tan situado, se atreviera a drogarlo... ¡A usted, un desconocido para él, un huésped!...

—¡Pero es que estaba desesperado! Así se justificó, por lo menos, y yo le creí. Escuche, Sandor: *¡tenía todo el aspecto de un hombre al borde del abismo!*

EL SACUDIÓ la cabeza. Al ladearla, su ojo sin vista me presentó una blancuzca opacidad, circundada de sombras.

—Al borde del abismo... —suspiró—. ¡Y jamás me lo dijo...! Esto es más grave de lo que pensé, amigo mío.

—¿Qué es lo que le preocupa?

—Creo que tiene miedo de volverse loco —dijo Sandor.

Apreté los labios. ¡Ya iba comprendiendo! La estirpe de los Bathory, raza maldita, plagada de corrupciones y anormalidades..., Loki, su propio hermano, demente... ¡Era comprensible que el barón temiese a aquella lacra familiar!

—Sin embargo —recordé—, a mí me dijo precisamente lo contrario, Sandor.

El irguió la cabeza. Varias arrugas quebraron la lisura de su frente.

—¿Cómo...?

—¡Me aseguró que su única esperanza había sido la de estar loco! Cuando comprobó en mí los mismos efectos que la droga y el tablero le habían causado a él anteriormente, supo que no era demencia, *sino algo infinitamente peor*, lo que lo amenazaba.

Sandor nunca había demostrado tanta solemnidad como en ese momento. Se paseó un par de veces más alrededor de mí, sin despegar los labios. Luego:

—Sólo hay un método aplicable a este problema —afirmó—. El método experimental.

—¿**E**SO QUIERE decir...?

Asintió.

—Iremos a ver las figurillas y el tablero..., usted y yo. Así comprobaremos si esos efectos vuelven a producirse.

—¡No, Sandor! ¡Eso no!... Por favor, ¡no me lo pida!

Su mano regordeta y cálida se alzó para apoyarse en mi hombro. Tenía la virtud de hacerme recobrar el equilibrio. Esbozó una sonrisa.

—Estas cosas hay que atacarlas así, de frente. Sin autosugestiones, sin apasionamientos. Objetivamente. Razonando. Ya verá cómo sale a la luz toda la verdad. ¿Cuento con usted, viejo?

Suspiré. Todo mi metro noventa y siete rebosaba vergüenza.

—¿Le había avisado que no soy ningún héroe, Sandor? Por si acaso, se lo dejo bien claro en este mismo instante. —Conseguí sonreír—. Pero cuente conmigo de todos modos. ¡Más vale averiguar de una vez por todas a qué clase de misterio nos estamos enfrentado!...

(Continúa)

¿CONSEGUIRÀ NUESTRO PROTAGONISTA VENCER LA REPUGNANCIA QUE LE INSPIRAN LAS MISTERIOSAS ESTATUILLAS DEL BARÒN?... ¿QUÈ REVELARÀ LA INVESTIGACIÒN "A LA MANERA CIENTÍFICA" QUE HA PROPUESTO SANDOR?... ¿SERÀ EN VERDAD SINCERO EL AFÁN DE AYUDAR A POLETTI QUE DICE ALENTAR?... ¡NO DEJEN DE VOLVER EL PRÓXIMO DOMINGO POR SU DOSIS DE SUSPENSO Y TERROR! (¡PERO SERÀ MEJOR QUE LO HAGAN ANTES DE QUE EL SOL SE OCULTE!...)

ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos policíacos, de fantasía y de ciencia ficción en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el cómic, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

"*El Umbral de las tinieblas*" es copyright 1985-2016, Carlos M. Federici.

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com